

CRÓNICA DE LAS FUENTES DE DÍAZ DE VEGARA

Finalista

Jaime del Moral Lacárcel

Nació en 1973. Trabaja como ingeniero y descansa como lector y, a veces, como escritor de relatos. Entre otros vicios perdonables, es un gran aficionado a la historia y a la literatura. Y siente especial predilección por las historias fantásticas que se separan sutilmente de lo probable y, desafortunadamente, nunca ocurrieron.

Siguiendo con la conversación que mantuvimos, reitero que, en la mayor parte de los mitos que han llegado a nosotros, se esconden verdades que el paso del tiempo ha ido ocultando y deformando, generalmente bajo las fantasías de los sucesivos narradores. Sin embargo, es una ironía que, en muchos casos, aquello que parece más inverosímil es la única verdad que permanece en ese relato.

A este respecto, le comunico el estado de mis investigaciones sobre uno de los mitos que mayor interés podría despertar en cualquier hombre. La historia de Andreas, conocido como Al-Khidr por los musulmanes, y que podríamos denominar a partir de ahora Leyenda de las Aguas de la Eterna Juventud.

Andreas formaba parte del ejército macedonio de Alejandro Magno. Cuando Alejandro cumplió la edad de 32 años ya había derrotado y conquistado al mayor imperio existente en el mundo. Había llegado hasta reinos de la India sobre los que, en su Grecia natal, ni siquiera conocían su existencia. Hay un relato de aquella aventura única: las “Crónicas Alejandrinas” escritas por uno de sus acompañantes.

Las Crónicas narran algunos episodios que resultan increíbles. Pero no está claro, si la diferencia entre lo real y lo imaginado era tan clara en su época. No olvidemos que los soldados de esta conquista habían visto cosas que podrían despertar la incredulidad de cualquiera: Habían escalado las pirámides, unas montañas de piedra construidas por hombres ya en el principio de los tiempos.

Habían combatido con guerreros subidos en pequeños castillos de madera contruidos sobre unos animales inmensos, los elefantes. Habían visto el palacio de Persépolis, con salones de columnas mayores que muchas ciudades griegas. Probablemente la diferencia entre lo imaginario y lo real no era tan evidente como lo es para nosotros ahora.

Hay un capítulo en este relato que es especialmente interesante. Estando en la orilla del río Indo, Alejandro escuchó hablar sobre una nueva maravilla: el agua de la Eterna Juventud. Y él, que se había coronado como hijo del dios Amón en Egipto y se hacía llamar hijo de Zeus, pensó que había llegado el momento de convertirse en inmortal. Según el relato, más al Este encontraría una región oscura, tan oscura que se llamaba de la Tiniebla. Si conseguía atravesar aquél lugar sin perderse llegaría a encontrar la fuente.

Partió acompañado sólo por un compañero, Andreas. Ya en aquella región tenebrosa se extraviaron y Alejandro caminó en círculos durante días. Mientras tanto su ayudante alcanzó el extremo de aquel país y encontró el agua de la inmortalidad, de la que pudo beber. Dice el relato que para no perderse, en su regreso fue tanteando siempre el suelo, sin perder las huellas de los pasos que había recorrido para llegar. En el camino encontró a Alejandro y consiguió guiarle en el camino de vuelta. Andreas se convirtió por tanto en inmortal y abandonando el ejército de Alejandro comenzó a recorrer el mundo. Aquí acaba esta historia relatada en las “Crónicas”. Es interesante darse cuenta de que este personaje aparece también mencionado más adelante en la Historia. En la tradición musulmana su nombre sería Al Khidr, literalmente: *el griego*. Según el Corán durante su peregrinación por el mundo se habría convertido en un hombre extraordinariamente sabio, y posteriormente se le considera tutor de los profetas que existieron antes de Mahoma.

Podemos pensar que los dos relatos simplemente convergen al reflejar un mito que siempre ha obsesionado al hombre: la inmortalidad. Pero a pesar del posible carácter mitológico del relato, la idea de que tuviera algo de cierto siempre me pareció demasiado tentadora como para ignorarla. Ahora, después de una larga búsqueda, creo que finalmente he alcanzado un hilo de esperanza. Todo comienza con otro salto en el tiempo y con una extraña historia, la expedición de Díaz de Vega, ocurrida hace ya un buen número de años en las tierras de América.

No es ningún secreto que la expedición del caballero Díaz de Vega estuvo llena de crímenes que hoy nos causan horror. Pero la razón de la locura de aquél

hombre es un misterio. Las crónicas de aquellos años son algo contradictorias: el fraile Juan de Carvajal denunció los crímenes cometidos, con la esperanza de que la memoria del caballero y de sus soldados fuera repudiada por la Corona. Los antiguos amigos de Díaz de Vegara llegaron a pagar a algunos de los supervivientes para que contasen una versión algo diferente, con la intención de que no fuera recordado por los hechos de aquel viaje. En cualquier caso el caballero murió en el viaje de vuelta, en el camarote de la nao que llevaba a los supervivientes de regreso a la civilización.

Todo esto es conocido por los historiadores. Sin embargo se desconoce la razón por la cual un hombre que siempre había sido benévolo y recto fue responsable de verdaderas atrocidades. Intrigado, como muchos otros, he releído las crónicas de la época, y he fijado mi atención en detalles aparentemente poco importantes. Gracias a ellos, creo que se podrían reconstruir los acontecimientos de una manera que ofrece una explicación a tanta locura. Y es al mismo tiempo una explicación que, si me lo permite, ofrece algún sentido a la anterior leyenda.

Según está descrito en los relatos de los supervivientes, la expedición partió de Veracruz una madrugada de 1530. Las carabelas adelantaron la salida al sentir el viento que anuncia los huracanes. Navegaron las primeras horas en la total oscuridad y, cuando empezó a clarear, la tierra apenas se divisaba ya bajo el cielo gris y compacto. Antes de partir, el Virrey Orduña había hablado en el camarote de popa con el capitán de la expedición, futuro gobernador de las tierras por conquistar. Orduña confiaba en ese hombre, grande, idealista, que había perdido una mano en una batalla por cubrir la huida de un amigo. Era un hombre sereno y ese guante negro era el símbolo de la firmeza de sus ideas. Algunos soldados comentan que se inquietaron al saber que el capitán sería un hombre como aquel, más conocido por su tendencia a pacificar y llegar a acuerdos con los indígenas que por su hambre de riquezas.

Las naves llegaron a la costa de la Península un mes más tarde. Desembarcaron los caballos, los perros, las armas, y, según el relato del fraile Juan, tomaron posesión de aquellas tierras:

...El gobernador y los demás que saltaron a tierra, sacaron la bandera real y otros pabellones, y dijo el capitán que diesen fe y testimonio de cómo tomaba posesión de aquel lugar, por el Rey y por la Reina sus señores, como se contiene en los testimonios que allí se dejaron por escrito...

Esperaron unos días en la playa a que se acercasen los habitantes del lugar. El capitán observó a los que llegaban, hombres semisalvajes que tocaban con admiración sus barbas y sus ropas. Los hombres de la expedición se sintieron defraudados al no ver más adornos en sus cuerpos que pequeñas conchas y plumas. Pasados diez días, el capitán dio la orden a su ayudante, Álvar Rodrigo, de abandonar la playa para internarse en aquellas tierras.

Comenzaron a vagar por el interior. Cada vez que llegaban a un poblado, Díaz de Vegara mandaba llamar a los caciques de la aldea y los miraba. Los indios se le acercaban asombrados y le hablaban en sus lenguas incomprensibles. Aquí también acariciaban sus ropas, reían al tocar las armaduras y ofrecían pollos y maíz a los hombres extraños. Y entonces el capitán mandaba levantar el campamento.

Los soldados comprendían que no habían arriesgado sus vidas en el viaje para comerciar con salvajes. Llegaban desde España intentando repetir las conquistas de Pizarro y de Cortés: buscaban oro, piedras, otro imperio que conquistar. Por ello hablaban con los indios que encontraban, se comunicaban con ellos por gestos y dibujos. Algunos les preguntaban por las ciudades míticas de Cíbola, otros, sencillamente, les mostraban pequeños adornos de oro y les preguntaban por gestos si conocían donde encontrarlo. Álvar Rodrigo narra una de estas conversaciones:

...Un indio llamado Cahiribú me indicó con dibujos en la arena que hacia el norte se encontraba una ciudad. Pensé que finalmente íbamos a encontrar el reino que estábamos buscando en aquellas tierras. Cuando se lo comuniqué al capitán, éste me ordenó que retuviera a Cahiribú para que pudiera guiarnos...

Comenzaron a dirigirse por fin a un objetivo prometedor, y los soldados empezaron a sonreír. Podemos imaginar que por las mañanas pensaban en cómo se gastarían las riquezas que iban a conseguir, y, cuando la jornada se hacía más peligrosa, se preguntaban unos a otros cuáles de ellos sobrevivirían a la aventura. Pasados los primeros días de camino, se fue terminando la comida, pero el capitán

no quiso detenerse y continuaron andando sin descanso hasta llegar a un gran río. En aquel lugar el indio Cahiribú señaló sonriente hacia un pequeño monte. Allí, detrás de un pequeño muro de madera, se veía salir humo de unas chozas, igual de miserables que todas las que habían visto en su viaje. Díaz apenas pudo reprimir su ira y mandó a los soldados que bloqueasen las salidas de la aldea. Cuando se acercaron a las puertas vieron a los habitantes asomados sobre el muro, armados y asustados. Con gestos, y ayudado por las palabras de Cahiribú, Díaz les hizo bajar sus armas y dejarles entrar. Así lo hicieron. Después habló con el cacique de la aldea dentro de su cabaña, pero pasados unos minutos lo arrojó enfurecido de su propia casa.

Los soldados empezaron a buscar oro en las chozas de los indígenas pero apenas juntaron unos pocos adornos de mala calidad y poco peso. Al día siguiente el capitán mandó traer al jefe con el que había hablado. Hizo que lo ataran a una silla, dentro de una tienda, y después ordenó salir a todos sus soldados salvo a Álvar:

...Cuando todos su hubieron marchado, se acercó al cacique que lo miraba con el rostro asustado. El capitán sacó un cuchillo y con él en la mano murmuró una pregunta al oído del indio. El otro hablaba asustado en su idioma incomprensible, sin entender qué estaba pasando. Cuando sintió el cuchillo cortarle la piel del rostro lanzó un grito, pienso que por el miedo más que por el dolor, el capitán se alejó unos pasos, y cuando el cacique volvió a callarse volvió a decirle algo al oído. Como el otro no le respondía le clavó el cuchillo en el brazo. Siguió así, preguntándole en susurros a los que seguían ataques con el cuchillo, y el indio solamente sabía balbucir súplicas y palabras ininteligibles para nosotros. Cuando finalmente vio que no iba a darle la respuesta que buscaba, el capitán me ordenó llamar al cirujano para que no muriera. Y lleno de cólera salió afuera y se retiró a su tienda...

Al día siguiente mandó salir a un grupo de soldados para buscar otras aldeas en la región, pidiéndoles que le trajesen a los jefes de cada una. Los soldados regresaron unos días más tarde con un grupo de hombres atados a los caballos. Según narra Álvar, se repitió el extraño interrogatorio:

...Como vi que empezaba a hablarles en susurros y sacaba el cuchillo, le sugerí al capitán que hiciésemos pasar a alguno de los indios que nos habían acompañado, y que quizás podrían traducir nuestras preguntas. Sin embargo el capitán me dijo que aquellos que él buscaba conocían la respuesta a sus preguntas.

Aquello acabó igual que la vez anterior. Y me pareció que el capitán lo torturaba movido por una extraña obligación, aquello parecía desagradarle, pero por alguna razón entendía que eran necesarias aquellas entrevistas para mí absurdas...

Los soldados, que esperaban fuera y no conocían los extraños detalles de los interrogatorios, hablaban entre ellos y esperaban que de aquella manera los indios les dijese por fin dónde podrían encontrar las riquezas que no veían en aquellas tierras.

Después de aquello salieron de esa aldea y continuaron internándose en aquel territorio. Así llegaron a un grupo de chozas cerca de un prado. El fraile Juan relató aquello, años más tarde, en su carta:

...Llegamos atraídos por la humareda. Allí vimos con horror la sangre cubriendo toda la aldea, algunos soldados del grupo de avanzada aún arrancaban pequeños adornos de los cuerpos tendidos en el suelo, otros escarbaban la tierra de las cabañas y debajo del fuego de la hogueras buscando tesoros ocultos, pero allí no había nada, únicamente aquellos inocentes asesinados...

Al parecer el fraile se enfrentó con el capitán, al que hacía responsable de aquella matanza, lo cuenta Álvaro en su relato:

...El fraile se encaró con uno de aquellos soldados, estaba limpiando la sangre de su espada y le arrojó al suelo de un golpe. Entonces el fraile enloqueció, montó en su caballo y se dirigió al galope hacia donde venía el grupo del capitán. Nos lanzó maldiciones y nos escupió al pasar junto a nosotros. Después se alejó sin que nadie se atreviera a decirle nada. (...) El capitán enfureció cuando llegamos a las chozas y vimos lo que había pasado. Echó pie a tierra junto a los cuerpos destrozados de dos niños, y estuvo un rato en silencio mirándolos. Entonces, ordenó que se diera sepultura a todos los indios y mandó ahorcar al jefe de grupo que los había mandado. (...) El capitán parecía taciturno después de aquello, sin embargo, unos días más tarde volvió a enviar a un grupo de hombres para que le trajesen a los jefes de las aldeas cercanas...

Hablando de uno de los interrogatorios que siguieron, Álvar nos comenta un capítulo que nunca se ha considerado importante, pero que creo que es fundamental:

...Cuando el capitán le habló al oído vi como el indio sonreía. El capitán le clavó el cuchillo y volvió a repetirle la pregunta, me pareció entenderle: “Que... fontis?” el indio le respondió unas palabras que no pude oír, y me pareció que masticaba algo que debía llevar en la boca cuando le ataron. El capitán lo sacudió por el cuello con su mano derecha y pidió mi ayuda, pero ya era tarde, una espuma negra apareció entre los labios del indio, que murió envenenado y sonriente...

Esta extraña pregunta podría ser: *Quae est fontis*, en latín, ¿dónde está la fuente?.

Cuando se supo la noticia de la matanza del poblado, los indios de los poblados cercanos se rebelaron contra los españoles. Sin embargo, Álvar nos cuenta que el capitán no quería abandonar esa región.

...Como allí no encontrábamos ninguna riqueza, y los indios nos eran hostiles, le dije al capitán que sería mejor abandonar ya esas tierras... Sin embargo, después de la muerte de aquel indio estaba muy inquieto y me comentaba que estábamos cerca de encontrar nuestra fortuna...

Durante los meses siguientes Díaz de Vegara dirigió personalmente el asalto a casi todas las aldeas de la región. Al principio los soldados estaban contentos por la posibilidad de saquear aquellas tierras, aunque pronto descubrieron que allí no existían las esperadas riquezas. A pesar del descontento de la tropa, el capitán continuó empeñado en una búsqueda que nadie entendía.

Después de las primeras escaramuzas los indígenas comprendieron que no podían enfrentarse a los españoles, entonces comenzaron a hostigarles en su propio campamento: cada noche decenas de flechas caían sobre las tiendas y no dejaban dormir a los soldados. También muchos empezaron a enfermar con extrañas fiebres. Finalmente el capitán decidió que debían dejar aquel lugar e internarse en la selva.

Así comenzaron la parte más dura de su viaje, allí, bajo los árboles, los rayos de sol aparecían únicamente en los claros de los pocos poblados que encontraban. La mayor parte del tiempo tenían que avanzar sobre un suelo permanentemente encharcado, dormían sobre lechos de ramas para no despertar cubiertos de insectos.

Tras varios días andando sin descanso, las ropas se les fueron deshaciendo por el sudor y el esfuerzo. Las armaduras les herían la piel y las llevaban atadas a la espalda. Podemos imaginar que las barbas sin cortar y los rostros enflaquecidos por la fiebre terminaban de convertirlos en unos extraños seres monstruosos, chepudos y acorazados. Los caballos y los perros fueron muriendo por beber el agua podrida de los charcos y por las mordeduras de serpiente. Los indios que los acompañaban desaparecían poco a poco cada noche, hasta que la tropa se limitó a cincuenta hombres que tiritaban por las fiebres dentro de la sombra sofocante de la selva. Comieron la carne de sus caballos, de sus perros, de los animales que cazaron. Y según dicen, los soldados callaban cuando a su regreso les preguntaban si sólo habían comido carne de animales en su travesía.

Existe una carta que nunca antes se había relacionado con esta historia, está fechada en 1529, un año antes de la salida de la expedición, y la escribe el Virrey Orduña a un amigo suyo en Sevilla. El texto es largo y habla de ciertas dificultades en el gobierno de las nuevas tierras y solicita a su amigo su intercesión para ciertas gestiones en la corte. Finalmente, en un párrafo cerca ya del final de la carta, habla por fin de sí mismo; está orgulloso de lo que ha conseguido. Se siente en la cumbre de su carrera, sus riquezas personales son prácticamente incontables, y le comenta a su amigo que, únicamente, desearía alargar su vida. Es tan grande lo que ha conseguido que lo poco que le queda de vida, ahora que ha cumplido ya sesenta años, no le parece suficiente para poderlo disfrutar. Pero entonces escribe: “...Sin embargo, amigo, eso quizás pueda también alcanzarlo..”

Orduña murió mucho antes de lo que tenía previsto, una caída de un caballo acabó con su vida, apenas un mes después de la salida de los barcos de Díaz de Vegara.

La expedición terminó de atravesar las selvas cometiendo toda clase de crímenes contra quien encontraron en su camino. Según los distintos relatos, el capitán debía de estar ya algo enajenado y los soldados parecen actuar muchas veces por su cuenta.

Entre las enfermedades y los ataques de los indios, la mayor parte de los aventureros fueron quedando atrás en aquella etapa. Finalmente, trece hombres llegaron a la costa en la primavera de 1532. Regresaron al sur siguiendo las playas y así alcanzaron la bahía en la que habían desembarcado dos años atrás.

Acamparon allí unos meses a la espera de un barco que fuese a recogerlos. Durante ese tiempo Díaz de Vegara hablaba únicamente con Álvaro, está atormentado por los remordimientos, le comenta repetidas veces que la verdadera atrocidad es no querer compartir el mayor tesoro que existe sobre la Tierra. Álvaro piensa que habla de riquezas:

...Después de todos los pueblos que habíamos recorrido las únicas riquezas que vimos eran pequeñas piedras y algún adorno de oro. No intenté hacer entrar en razón al capitán, pues ya era claro que estaba volviéndose loco...

Al parecer el capitán estaba obsesionado con lo ocurrido durante el viaje, apenas puede dormir por las fiebres y su cordura se está tambaleando por los remordimientos:

...Un día entré en su tienda para llevarle su comida. Estaba tumbado, temblando y con la vista perdida. No quise molestarlo y dejé la escudilla sobre una caja que hacía de mesa. Entonces me agarró del brazo y me obligó a sentarme a su lado. Nuevamente quería hablarme de esos tesoros imaginarios. Me dijo: “Álvar, ¿no crees que es justo un pequeño crimen realizado por el bien de muchos?, ¿no es peor el crimen de querer ocultar el mejor don que hemos recibido en la Tierra?”. Como yo no le respondía, él continuó hablándome “No dudo que quizá maté a muchos inocentes, pero sé que algunos de ellos conocían, pero no quisieron decirme, la verdad. Ahora me doy cuenta de que fui torpe, pienso que a ellos no les importaba morir porque ya habían apurado sus vidas. ¿Lo entiendes tú también ahora Álvaro? La vida sólo importa cuando ha sido breve”. A partir de aquel día intenté que ninguno de los soldados hablase con él, porque no vieran que había perdido la razón. No fue complicado, pues él apenas salía de la tienda...

Unos meses más tarde llegó la carabela que, según lo acordado, regresaba a aquella bahía dos veces al año desde Veracruz. Díaz de Vegara murió, probablemente por malaria, durante el viaje de vuelta.

Diez años después una nueva expedición llegó a aquellas tierras, allí encontraron vivo al fraile que había maldecido al capitán. A su regreso a la civilización narró su versión de los espantosos crímenes en una famosa carta dirigida al rey. Casi de pasada menciona un dato muy importante:

...Díaz era un hombre culto, durante el viaje de ida se interesó por el latín y el griego, que intentó aprender para entretener el tiempo del viaje en algo útil...

Pero además existe otro documento extraordinariamente esclarecedor escrito por Juan de Carvajal. Yo tenía referencias de la existencia de ciertas cartas escritas por él años más tarde. En esas cartas, escritas al superior de su orden, habla de las dificultades para conseguir la evangelización de aquellos indígenas. Narra su vida entre ellos, sus costumbres, sus creencias. En un capítulo de su relato menciona un acontecimiento extraño que, espero que coincida conmigo, confirma la hipótesis que apenas me aventuro a sugerir:

...Regresaba yo de buscar algo de leña y encontré a un indio, alto, de piel más clara que los otros, sentado delante de mi choza. Aparentaba estar leyendo un libro, los Diálogos de Platón, un tomo que heredé de mi padre y que porté siempre conmigo. Entendí que el indio lo hacía imitando lo que me había visto hacer a mí. Seguía las líneas con un dedo y gesticulaba como si leyera una columna del texto griego. Cuando me vio soltó el libro y se internó rápidamente en la selva. Nunca volví a ver a ese extraño indio, ni nadie quiso hablarme de él en aquella tribu...